

Editorial

¿Qué quieres decir con eso?—dijo severamente la Oruga— ¡Explícate!

Comenzando el tercer número, XUL cree que las 140 páginas editadas permiten algunas definiciones, muy amplias todavía.

XUL desree de las declaraciones estéticas revolucionarias. Si rechaza el *signo viejo* es sólo en cuanto se opone a ser renovado. Si procura el *signo nuevo* es sólo en cuanto necesario. XUL ha elegido llamarse *Signo viejo y nuevo*. En correspondencia con la naturaleza del poema (de la lengua), viejo y nuevo a la vez.

XUL reniega de adjudicarse una posición de vanguardia, no por rechazar las corrientes poéticas renovadoras, sino por las connotaciones que esta palabra encierra. XUL no quiere estar delante (vanguardia) ni detrás (retaguardia) sino dentro. Pretender caminar adelante, y por lo tanto que los demás lo sigan, además de ser falso y presuntuoso, encubre una ideología de dominación que XUL repudia explícitamente. Por lo demás, una revisión histórica de la actividad poética muestra que los juegos de poder entre las distintas corrientes que se pretendieron dueñas de la verdad han sido ilusorios. En poesía (en arte), mientras dure la etapa histórica, la meta está en el camino y la verdad tiene forma de discusión en la que participan quienes renuevan los argumentos.

¡Aargumentos!—dijo XUL. Y agregó: "hay argumentos y argumentos" teniendo la convicción de que, aún siendo contrario a muchos, la diversidad es la mayor de las riquezas y que la uniformidad anticipa el reino de la muerte, quizás el último.

—¿Qué quieres decir con eso?— dijo severamente la Oruga— ¡Explícate!

Generoso para el tiempo de la discusión pero reacto a doblegarse ante los vicios que la simulan o la coartan, XUL—con su espíritu carnoso al frente— mira a los ojos del lepidóptero (a ras del suelo, por supuesto) y le muestra el ombligo, no con indiferencia, sino como gesto de coraje.

—Eso no está bien (. . .)— dijo la Oruga.

—No del todo bien, temo— dijo tímidamente Alicia— algunas palabras están cambiadas.

—Está mal desde el principio hasta el fin—dijo decididamente la Oruga. Y se hizo el silencio durante algunos minutos.

Luego XUL miró el campo de la cultura.

—¡Langostas y bicheras, todo junto!— dijo alarmado, mientras la cubrera se derrumbaba poniendo en riesgo su vida.

Un peón sin bombachas se le arrimó.

—¡Don XUL, han requisao hasta agua!— dijo. —En vista de lo que se ve es difícil que lo conchaben por aquí. Y dicen por lo que no se ve que vamos quedando pocos.

Al oír el alboroto se acercó Don Nasif, el turco dueño del mercadito nombrado últimamente Juez de Paz.

—Ustedes hablan de desolación— les recriminó— pero XUL existe. Y no es el único.

—Sí— dijo Martín Fierro, mirando hacia la partida— en medio de las ruinas también puede crecer un xul, y eso no niega el derrumbe.

—¿Qué quieres decir con é. . .?— No terminó de decir la Oruga, que se convirtió en crisálida.